



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE20248

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL



Txai Suruí, su lucha por la protección de la Amazonía tiende un puente entre el pasado y el futuro del activismo medioambiental protagonizado por mujeres.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA
Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

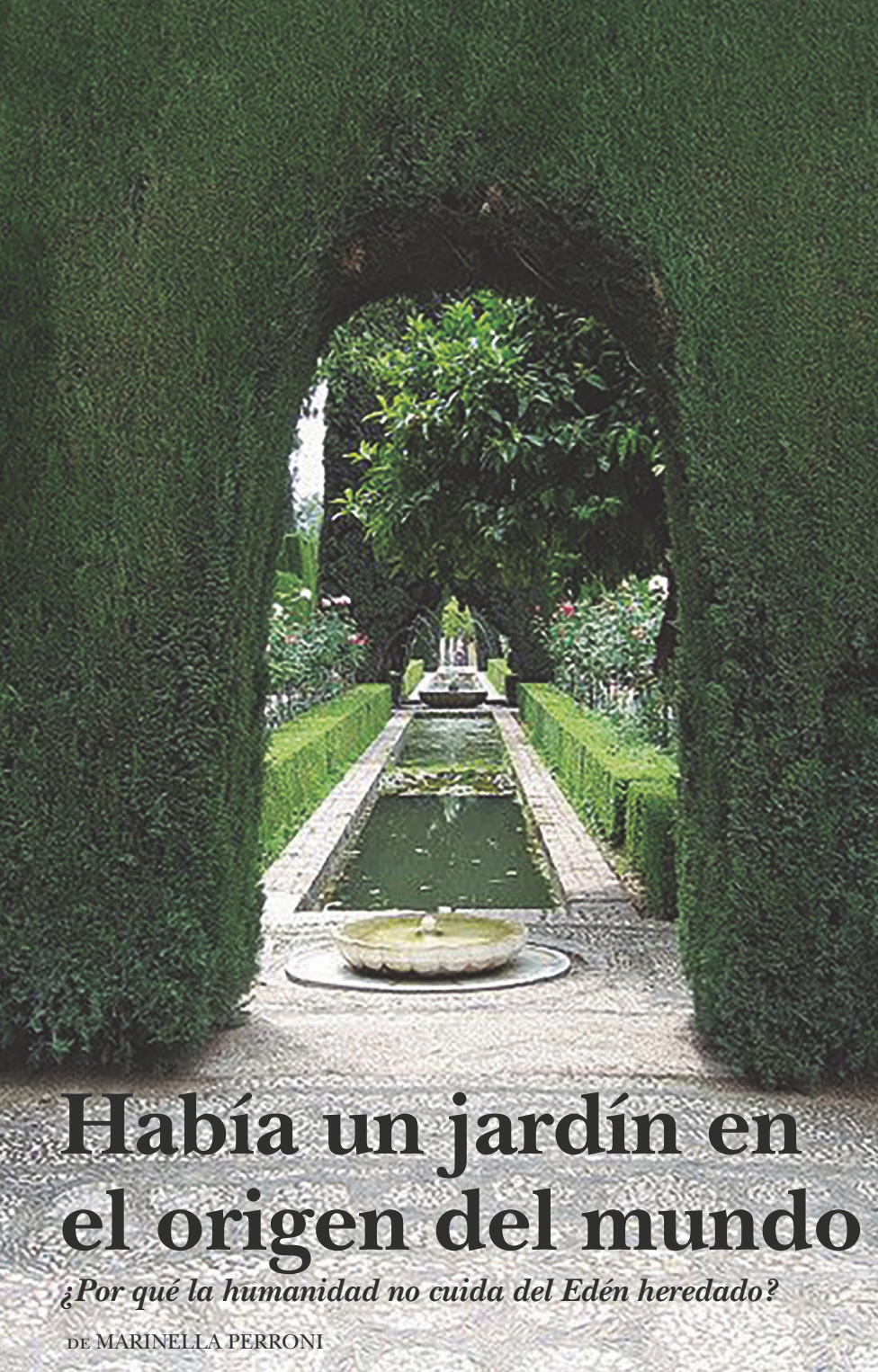
Alianza para defender el planeta

Existe una alianza de facto entre las mujeres y la Iglesia en lo que concierne a la defensa del planeta. Hay un acuerdo profundo en la lucha contra el cambio climático que amenaza a la entera familia humana. Hay un puente entre el compromiso por el medio ambiente, que con el pontificado de Francisco protagoniza la acción de la Iglesia, y el de tantas mujeres que luchan en los países más lejanos y a menudo pobres y que buscan soluciones concretas para que la Casa Común no sufra daños irreparables. En este número de *Mujeres, Iglesia, Mundo* hemos buscado a aquellas que, durante mucho tiempo, y en la periferia del mundo, han tratado de proteger el medio ambiente, el aire, los bosques, la fauna, la vida humana y oponerse a la degradación. Detener los enormes daños que los países más ricos, a pesar de las convenciones, conferencias y declaraciones de buena voluntad, son incapaces de atajar. Hemos encontrado historias más elocuentes y emocionantes que muchas palabras, experiencias que ya están dando sus frutos. Hemos descubierto una voluntad indomable de seguir adelante a pesar de las dificultades. Como en la historia de **Vandana Shiva** quien, en 1995, fundó un banco comunitario de semillas contra el abuso de la tierra. Porque, y de acuerdo con la convicción de la fundadora de la finca Navdana, serán las mujeres las que salven la tierra, impidan la explotación intensiva del suelo y salven las semillas. También encontramos en este número la historia de la hermana **Patricia Daly** que en los consejos de administración de grandes empresas utiliza un paquete de acciones que le han confiado inversores católicos para orientar las políticas corporativas hacia la lucha contra el cambio climático y la protección del medio ambiente.

O la de la activista keniana **Wanjira Maathai** que, siguiendo los pasos de su madre **Wanjara Maathai**, la primera mujer africana en recibir el Premio Nobel de la Paz por su compromiso con el desarrollo sostenible, con el *Green Belt Movement* hace lo que es posible hacer, porque, –sostiene–, es de la vida cotidiana de donde hay que partir. “Hago pequeñas cosas como plantar árboles”, decía su madre, una frase que se ha convertido en consigna.

Desde Uganda llega la historia de **Vanessa Nakate**, la cara africana del movimiento *Rise Up Climate*, la estudiante que peregrinó con **Greta Tumberg** por cumbres internacionales para pedir a los grandes de la tierra que detuvieran la carrera hacia la autodestrucción. Hablamos de todo esto en este que es el mes de la creación, y mientras se prepara la COP 27 sobre cambio climático.

Es reconfortante saber que en muchas partes del mundo las mujeres lo están intentando. Que ellas son las defensoras de la tierra con el apoyo incondicional de la Iglesia.



Había un jardín en el origen del mundo

¿Por qué la humanidad no cuida del Edén heredado?

DE MARINELLA PERRONI

Hoy en día, caminar en un hermoso parque ya no es un privilegio de unos pocos. Hubo un tiempo en el que solo los aristócratas podían permitirse vivir en castillos rodeados de extraordinarios jardines, casi siempre contruidos según el modelo del “jardín italiano”. Si se quiere intentar comprender el mito bíblico del jardín del Edén, que es uno de los dos relatos de la creación con los que abre el libro del Génesis (2-3), hay que apelar a una imaginario muy distinto. Es necesario haber estado en Oriente Próximo, donde

nacieron los relatos bíblicos, o incluso en Andalucía, donde es posible experimentar porque la imagen de un jardín nos remite al origen de todo lo que vive. El agua de las fuentes que brota y gorgotea, la sombra que vence incluso a un sol implacable que lo abrasa todo a su alrededor, la exuberancia de plantas y flores que lucen su belleza... Solo quien ha podido saborear esta mezcla de sensaciones puede comprender por qué en la Biblia el gran misterio del nacimiento de la vida se remonta a la obra de un Dios que “plantó un jardín en Edén, hacia Oriente, y colocó en él al hombre

que había modelado” (2, 8); un Dios que es representado como un soberano o un alto funcionario de la corte oriental “que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa”.

Dentro de este jardín se desarrolla todo el gran mito del segundo relato de la creación: una puesta en escena rica en claroscuros como la vida humana en la que la fuerza y la fragilidad, la armonía y la laceración se encuentran y se entrelazan. El Edén es más que un escenario o un decorado de cine. Es un lugar que rezuma vida. Gracias a un manantial de agua que brotó de la tierra y regó el suelo, Dios puede moldear el polvo de la tierra y luego, infundiéndole su aliento de vida, convertirlo en un ser vivo; y será gracias a ese ser vivo que el jardín vendrá cultivado y custodiado y así los animales adquirirán su identidad porque recibirán un nombre. En el Edén la vida no solo comienza, sino que estalla con toda su energía, positiva y negativa. Sin esta polaridad, sin esta tensión, la vida no es vida y Dios tampoco es Dios. La idea bíblica de Dios solo toma forma si se pone en relación con la verdad de esta vida. Vida real, no artificial; llena de contrastes y de soberanía limitada.

Para los seres humanos, y solo para ellos, el Edén no es solo el lugar donde, mecánicamente la vida se reproduce. Es el lugar de la inteligencia de la vida con todo lo que ello conlleva. Siglos después, lo dirá un sabio israelita, hijo de **Sira**, acogiendo el significado más profundo del relato del Génesis, que no narra una creación desde la nada, sino que revela el don de secreto de la vida porque “discernimiento, lengua y ojos, oídos y corazón les dio para pensar. Los llenó de ciencia y entendimiento, y les enseñó el bien y el mal. Puso su mirada en sus corazones” (Eclesiástico 17, 6-7).

El Edén, el jardín de la vida, es el lugar donde pensamos, donde surgen las preguntas y donde buscamos el significado profundo de las cosas; el lugar donde, a diferencia de todos los demás seres vivos, el ser humano debe medirse con discernimiento, experimentar lo que implica la diversidad entre especies y entre sexos, lidiar con engaños y seducciones, aceptar que sin muerte no hay vida porque ser humano comporta el deseo de comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, es decir, acceder al misterio más profundo de la vida, aunque esto requiera dejar de vivir y de comer el fruto del árbol de la vida para siempre.

El guión del mito del Edén se desarrolla en la paradoja por la que Dios quiere proteger al hombre del peso de la plena

Historia del bosque resiliente

El Bosque de Cuma tiene tres mil años y se extiende por kilómetros bajo la acrópolis de Cuma, un sitio arqueológico de la ciudad de Nápoles. Es un bosque olvidado, maltratado y abandonado. Sin embargo, el libro que le dedica **Antonella Cilento** habla de su resiliencia, porque, a pesar de todo y a pesar de tanto, el bosque vive y, por lo tanto, se puede salvar. Austera, mágica, la Sibila está ahí y es la protagonista del volumen, *Solo de los hombres puede morir el bosque*, ediciones Aboca, título tomado de **Danilo Dolci**, sociólogo, poeta, educador y activista pacifista italiano. La autora lo redescubre durante la pandemia, cuando no se podía ir a ningún lado, cuando ni el mundo siquiera sabía qué rumbo tomar. Redescubre su historia y su flora y fauna. Y cuenta su tormento.

“En este lugar encantado, se encuentran residuos y contaminación en cantidades enormes y las dunas cercanas a la orilla están cubiertas de plástico. Plásticos de todo tipo: llantas de automóvil, muletas, sillas, envases de detergente, de leche, zapatos, cochecitos de bebé, ropa, trozos de vasos, platos, ruedas, contenedores, lámparas, tuberías, herramientas, botellas, gorras, bolígrafos, banquetas, paraguas y sombrillas, mesas... Manchas de ácido de detergente, lagos de diésel y de gasolina, espuma de detergentes y químicos, botes de plaguicidas. Las dunas, pobladas de plantas y conchas que trae el mar desde mar abierto, ahora son de plástico.

Los microplásticos transportados por el viento y la sal están por todas partes. Papel higiénico, bolsas de comida, ratones muertos, pañuelos, papel higiénico, preservativos... Esto es lo de menos dada la gran presencia de la huella de nuestra vida cotidiana: cepillos de dientes, gafas, recipientes de comida, bolsas para congelar, bolsas, bolsas y más bolsas, cordones y guantes entre la vida de las plantas de las dunas y sus habitantes como escarabajos, insectos o las rarísimas abejas azules que viven, como el lirio, solo en esta playa. Volando sobre nosotros en manada vemos gaviotas y otras aves que iré conociendo en los próximos días. Los halcones vuelan alto y cautelosos. Camino y lloro las primeras veces que veo todo esto”.

conciencia de la vida (2, 16: “Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás, porque el día en que comas de él, tendrás que morir”) y la comprensión de que el conocimiento del bien y del mal no es gratuito (3, 22: “He aquí que el hombre se ha hecho como uno de nosotros en el conocimiento del bien y el mal; no vaya ahora a alargar su mano y tome también del árbol de la vida, coma de él y viva para siempre”). El jardín solo puede asistir mudo al nacimiento de la conciencia y a la pérdida de la inocencia. No hay vuelta atrás, y lo que cuenta el mito, además de original, es originario. La polaridad entre el bien y el mal domina la condición humana. No solo las relaciones entre los humanos, sino también la relación con la tierra y todo lo que en ella vive. No podemos fingir que no lo sabemos. Para la fe bíblica, la conciencia de ser el único ser vivo capaz de “cultivar y custodiar” la tierra es un hecho teológico. No en vano, lo que otros llaman el universo o el cosmos o incluso el planeta tierra, los creyentes lo llaman Creación. Y sienten que comparten la responsabilidad con Dios mismo. ¿Por qué, entonces, el planeta en el que vivimos hoy está tan gravemente enfermo? ¿Por qué, a pesar de las evidencias científicas y los llamamientos a cuidar la tierra, nos dejamos seducir por intereses inmediatos aun cuando resultan sentencias de muerte para el futuro de todos?

No son preguntas retóricas porque, como nos cuenta la historia del Edén, ahora se ha tomado el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal: uno puede equivocarse, por supuesto, pero uno no puede eludir la responsabilidad de lo que eres y de lo que se hace. Esta es la identidad profunda de los humanos. Por ello, con su encíclica *Laudato si'* (2015) el Papa **Francisco** ha querido, no solamente proponer un análisis amplio y a la vez riguroso de lo que identifica como “la raíz

humana de la crisis ecológica” (101-136) y trazar las líneas de “una ecología integral” (137-162), sino también recordar con fuerza la responsabilidad política de cada uno con el planeta (163-201). Francisco recuerda que es responsabilidad de todos y cada uno y por eso dirige su encíclica “a cada persona que habita este planeta” (3), como lo hizo **Juan XXIII** con su *Pacem in terris* (1963). Cuando se trata de paz o de crisis ecológica, todos, independientemente de las diferentes creencias ideológicas o religiosas, deben sentirse llamados a promover el bien común.

Se debe agregar un apéndice a estos documentos con los nombres de todos los que dedicaron su vida, a veces hasta el martirio, por la paz o por el cuidado de la Casa Común. Hombres y mujeres, pero sobre todo mujeres. Contra las guerras, en defensa de la Tierra, a la que sienten más como madre que como hermana, las mujeres de todo el mundo intentan tejer la red de relaciones entre los seres humanos y con el planeta redimido del delirio de la omnipotencia. Quizás porque para ellas a estas alturas ser hijas de Eva ya no significa llevar sobre sí el peso de la culpa, sino hacerse cargo del conocimiento del bien y del mal. Sabiendo que esto implica aceptar toda la dolorosa ambigüedad del vivir.

En cuanto a mí, entendí esto hace muchos años cuando asistí a una conferencia de teólogos de la liberación en Sao Paulo, Brasil. Entré en una inmensa sala en cuyo fondo dominaba un impresionante mural que evocaba el fresco de la creación de **Miguel Ángel**. Sin embargo, no exaltaba el poder viril de **Adán**, sino la generatividad de **Eva**. De su vientre brotaba el río de agua que da vida a todos los frutos de la tierra y a lo que la inteligencia humana es capaz de crear. Comprendí ese día por qué el mito bíblico del jardín del Edén termina con la afirmación: “Adán llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven”. (Génesis 3:20).



TXAI SURUÍ

“Los indígenas tenemos muchas ideas para evitar la destrucción del planeta”

de LUCIA CAPUZZI

Txai Suruí tiene 25 años y viene de un linaje importante. Proviene de una conocida y reconocida familia de activistas. Su padre es el jefe **Almir Suruí**, que creció en la selva amazónica brasileña, en la tribu Lapetanha en Rondônia, definido en 2012 por la revista Forbes como el brasileño más creativo en el ámbito de los negocios. Al año siguiente, fue elegido por las Naciones Unidas como “Héroe del bosque”.

Su madre es **Ivaneide Suruí**, una figura legendaria en la lucha contra la deforestación en la Amazonía. Txai pertenece a tan gran tradición familiar y la continúa como activista del pueblo Paiter Suruí; como coordinadora de Kanindé, asociación de defensa etnoambiental que trabaja con indígenas desde hace 30 años; como coordinadora del Movimiento de Jóvenes Indígenas de Rondônia; como voluntaria de Engajamundo; y como consejera de WWF Brasil. Esto no es simplemente la descripción de un currículum. “El activismo no fue una elección. Luchamos porque no tenemos otra opción, y tenemos que hacerlo de la mejor manera”, dice esta joven, preparada y decidida. “Mientras permanecíais con los ojos cerrados a la realidad, el guardián del bosque Ari-Uru-Eu-Wau-Wau, mi amigo de la infancia, fue asesinado por defender la naturaleza. Los pueblos indígenas están en primera línea de la emergencia climática, por lo que deberían estar en el centro de las decisiones para frenarla. Tenemos las ideas justas para evitar el fin del mundo. Detenemos las falsas e irresponsables promesas, acabamos con la contaminación de las palabras vacías

y luchamos por un futuro y un presente vivible. Que nuestra utopía sea un futuro para la Tierra”.

Hace diez meses, se presentó frente a los más de 100 líderes mundiales reunidos en Glasgow para la Conferencia sobre el Cambio Climático de la ONU con su tocado de plumas verdes en la cabeza. “Lo llamamos Cocar. Lo cambiamos según la ocasión. Esa vez vestía un Cocar de guerra para reiterar que los indígenas estamos dispuestos a pelear, no con las armas, sino con la sabiduría de las palabras. Mis tíos lo hicieron cuando supieron que yo representaría frente al mundo a los nuestros y a todos los pueblos originarios de la Amazonía”, dice mientras se prueba la “corona de plumas”. El Cocar luce extraño cuando se combina con jeans. Así, con sus gafas, un *Tablet* en mano, plumas en la cabeza y jeans, se paseaba por los pasillos del evento de Glasgow esta chica que antes de cumplir los 25 años abrió la COP26.

El 31 de octubre de 2021, día de apertura de la Conferencia de la ONU, la profecía de su padre, el cacique Almir Narayamoga, se hizo realidad: Poco después de su nacimiento presentó a Txai a la comunidad Paiter-Suruí de Sete do Setembro, en Cacoal, colocando a la niña sobre el tronco de un árbol y la llamó futura *labiway esagah*, ‘líder’ en el idioma tupi-mondé hablado por los nativos. Txai aprendió lo que era la resistencia incluso antes de venir al mundo. Durante su embarazo, la madre, Neidinha, una histórica activista, pasaba largas horas contándole a su ansiosa hija los mitos de su pueblo. Y la instó a protegerlo, como habían tratado de hacer sus padres, denunciando la apropiación de sus tierras por parte de los traficantes

de madera. Un compromiso por el que la pareja fue repetidamente amenazada de muerte, obligada a esconderse y a vivir bajo vigilancia. La cuestión amazónica divide al mundo. Por un lado, crece la conciencia de la protección de la selva tropical más grande del mundo, ecosistema fundamental para la supervivencia del hombre en esta tierra; y, por otro, hay claros intereses relacionados con inmensos recursos. Por un lado, pesa la preocupación ambiental, histórico y cultural; por el otro, el juego de poder económico y político.

Txai ha crecido entre manifestaciones, marchas y trabajo comunitario. A los cinco años hizo su primera intervención pública. “Mi madre me llevó a una manifestación para defender los derechos de los niños indígenas. En un momento dado, me solté de su mano y me dirigí al escenario. No recuerdo lo que dije. Solo recuerdo que los ojos del público estaban fijos en mí y se sentía el respeto”, dice la joven, cuyo nombre completo es Walelasoetxeige Paiter Bandeira Suruí. Para adquirir nuevas herramientas de lucha no violenta, Txai decidió asistir a la Facultad de Derecho de Porto Velho. “Conocer las leyes es fundamental para ayudar a los pueblos de la Amazonía”, explica la primera Suruí en estudiar en la universidad y designada, incluso antes de graduarse, coordinadora de Kanindé. “Mi horizonte es obviamente amazónico. Pero siempre intento dar un carácter global a nuestro compromiso. Los nativos del bosque tropical más grande del planeta no solo luchan por sí mismos y por sus derechos. La nuestra es una batalla por la Vida. La nuestra, del globo y de todos sus habitantes. Porque matar la Amazonía es condenar a muerte a la humanidad”.





Los científicos no tienen dudas. Si desaparece el bosque tropical y su consiguiente tarea de purificación de entre mil y dos mil millones de toneladas de dióxido de carbono, no hay posibilidad de frenar el calentamiento global y mantener las temperaturas dentro del umbral de equilibrio de 1,5 grados. Este dato no ha detenido la deforestación: durante este año, todos los días, ha desaparecido una superficie de bosque equivalente a un estadio de fútbol. La causa está en la explotación, legal e ilegal, cada vez más salvaje y brutal de la Amazonía, alentada por el hambre mundial por los recursos naturales. El termómetro más efectivo para medir esta destrucción son los pueblos indígenas, definidos por la ONU como los mejores guardianes de la selva. En sus tierras, la deforestación es menos de la mitad del resto.

Por eso, el Papa Francisco los ha llamado en más de una ocasión “maestros” de la ecología integral. “Para los indígenas, la

tierra, el agua y los árboles no son *materia prima* que transformar en dinero. Ellos son parte de nosotros. Gracias a esta cercanía espiritual con el bosque, los indígenas hemos aprendido a cuidarlo. Hemos estado haciendo esto durante milenios. Nuestra experiencia y sabiduría ancestrales pueden ponerse al servicio del resto del globo para evitar catástrofes antes de que sea demasiado tarde”. Para “evitar el fin del mundo”, dijo en Glasgow parafraseando al filósofo indígena **Ailton Krenak**. Con ese espíritu, Txai aceptó representar a la Amazonía en la COP26, sabiendo que esa intervención la habría catapultado al centro de la atención mundial. Para bien o para mal. Su discurso, pronunciado en un inglés fluido, conmovió a los grandes del mundo. Muchos, en los días siguientes, quisieron conocerla en persona. Su foto en la portada del New York Times hizo que otros medios la bautizaran como “la Greta de la selva”. “Fue una gran respon-

sabilidad. Para prepararme, antes de ir a Glasgow, volví a mi pueblo para escuchar. Un líder genuino debe ser un portavoz. No se representa a sí mismo, sino que porta la voz o, mejor dicho, las voces de su pueblo. Debe tener un oído atento y sensible”.

La vida de esta joven no es fácil

El presidente de Brasil, **Jair Bolsonaro**, la acusó de querer desacreditar al país y de inmediato Txai comenzó a recibir intimidaciones e insultos en las redes sociales. De regreso a Rondônia, comenzaron las amenazas. Ella no les presta demasiada atención a pesar de que sabe, por experiencia directa y familiar, que en la Amazonía las palabras suelen ir seguidas de hechos. Según datos de la Comisión Pastoral de la Tierra,—organización próxima a la Iglesia brasileña—, entre 2009 y 2019 más de trescientas personas fueron asesinadas por los conflictos ambientales que desgarran el Gigante del Sur. Según Global Witness, en 2020, fue el cuarto país más peligroso para los que defienden la casa Común, con veinte activistas asesinados, 3 de cada 4 en territorio amazónico.

En la cuenca del gran río, el nivel de violencia ha alcanzado tal intensidad que afecta incluso a figuras consideradas intocables por su notoriedad, como el periodista británico **Dom Philipps** y el estudioso **Bruno Araújo Pereira**. Los dos, desaparecidos durante una misión en el Valle del Javari el pasado 4 de junio, fueron hallados muertos once días después. “Es cierto, es una escalada interminable de muerte. Y esto llena de tristeza. Al tiempo, ha crecido nuestra capacidad de oponernos a la destrucción del bosque”, dice Txai.

Menos de dos años después de su fundación, el Movimiento de la juventud indígena de la Rondônia que comenzó, ha conseguido reunir a más de 1,7 millones de jóvenes. “En todo el mundo, los jóvenes están comprometidos con la protección del medio ambiente. En la Amazonía, dada la situación tan dramática, más aún. Yo no soy una excepción, al contrario, concluye la líder Suruí. La mayoría de los defensores de la selva son jóvenes y, sobre todo, mujeres jóvenes. El cuidado de la tierra lo hacen manos femeninas. Vi esto con mis propios ojos en la cumbre de Glasgow a la que asistió la delegación indígena más grande en la historia de las conferencias climáticas. Las mujeres eran la mayoría. Después de todo, ¿quién mejor que una mujer puede entender a otra mujer? Y, si la Tierra es Madre, ¿cómo no va a ser mujer?”.



ANA VARELA TAFUR

“Querida Amazonía, tan amada como castigada”

de LUCIA CAPUZZI

“En Timareo no conocemos el alfabeto y sus escrituras y nadie nos registra en las páginas de los libros oficiales”.

Timareo es un islote peruano sobre el río Amazonas. Allí se refugió Ana, una adolescente de etnia Uitoto que huía de los “señores del caucho”. Era principios del siglo XX y la fiebre del caucho devoraba un número incalculable de vidas de mujeres y hombres indígenas, esclavizados, torturados y masacrados. Una tragedia de la que la Historia solo recoge a pedazos. Porque las víctimas no dominaban el alfabeto para narrarlo. Para redimir la voz de Ana del olvido y de todos los olvidos está una nueva Ana, nieta de la primera, capaz de liberar la palabra oprimida y hacer de ella un instrumento de denuncia, de catarsis y de salvación.

Ana Varela Tafur, de 59 años, nació en Iquitos, el centro más grande de la Amazonía peruana, la única ciudad del mundo sin carreteras, inmersa en una densa selva y no accesible por tierra. Solo es posible hacerlo por avión o navegando por el río Amazonas. Trasladada a Berkeley, en Estados Unidos, donde imparte clases, es

una de las poetisas más interesantes del panorama amazónico. Como relata en la larga entrevista con **Diego Fares**, publicada en *La Civiltà Cattolica*, comenzó a escribir a los 14 años haciendo de su diario personal no un relato de hechos, sino la traducción de los movimientos de su espíritu. Desde entonces no ha dejado de transformar en verso la *Querida Amazonía*, tan amada y castigada. No es un espacio vacío como cierta retórica funcional quiere atribuirle, como si fuera la despensa de materias primas para el norte del mundo. Es más bien un universo habitado por humanos, plantas, animales, ruidos, luces, silencios y música. Un lugar rebosante de vida y colmado por seres vivos cuyo lenguaje cósmico queda, sin embargo, relegado muchas veces a los entresijos de la selva, porque pocos de fuera conocen sus códigos.

Ana Varela Tafur, indígena y a la vez descendiente de europeos, recompone la fractura, llena el vacío y construye un puente de palabras. A los veinte años, junto a sus compañeros de la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana, **Carlos Reyes Ramírez** y **Percy Vilchea**, se une al “Grupo Urucutut” fundado por el artista **Manuel Lula Mendoza**, un colectivo cul-

De las vertientes

Desde los altos gredales de May Ushin desde las feroces caídas del Maraón desde las incandescentes llanuras del Huallaga mi voz convoca a los habitantes del agua. Y surcando quebradas desde vertientes remotas alcanzo vastedades de arcillas recientes. Así me reúno con habitantes del monte y nuestras voces se inundan infinitas en tenues bóvedas incrustadas por la noche. Porque es posible alcanzar cifras en geometrías sagradas porque es posible arrebatar códigos de sogas alucinadas y viajar acompañados por estrellas o soles atrapados en la fugacidad de intrépidos rayos. Porque somos una antigua y sola voz, una liana trenzada bajo los incendios desterrados o señalados por la belleza de los astros y su manto de presagio amamantándonos. Desde entonces rodamos de fuego, caemos de fuego, quemamos las últimas naves del exilio, demonios que se llaman en libros apócrifos o en abandonados archivos donde no hay olvido. Pero las madrugadas aproximan las llegadas y nuestros pies abrevian rutas del miedo: ojos de búho a la sabiduría destinados sobre la vía trazada por los abuelos. Semejante a cada río que despide sus puertos, alcanzamos la marcha de la luna invadidos por la tregua de un viento insondable.

tural que tiene como objetivo reafirmar la identidad amazónica y la denuncia social de los problemas que sufre la Amazonía. “La poesía tiene el papel de denunciar y proclamar la belleza y la justicia”, reza el manifiesto del movimiento.

Estos son los versos de Ana Varela Tafur: denuncia del presente herido por la opresión y apertura de trazos de utopía. Imágenes de una catástrofe que se desarrolla en el silencio de la indiferencia global. Pero también ventanas de tinta sobre otro mundo posible desde el que el lector es empujado a asomarse atraído por el encanto magnético de los sonidos ancestrales de los que se impregna cada verso. Ana Varela Tafur es, por tanto, una auténtica poetisa social, parafraseando al Papa **Francisco** que ha insertado solo un fragmento de Timareo al comienzo de su carta de amor a *Querida Amazonía*:

Muchos son árboles en los que vivió la tortura y vastos los bosques comprados con mil asesinatos.

FRANCIA MÁRQUEZ

El amor de madre por proteger la naturaleza

de LUCIA CAPUZZI

Hace cuatro años, en la ceremonia de los Premios Goldman, el máximo galardón concedido a activistas ambientales, **Francia Márquez** se autodefinió como “parte de un proceso”. Concretamente “el de aquellas mujeres que utilizan el amor maternal para cuidar el territorio como espacio de vida. De los que alzan la voz para detener la destrucción de ríos, bosques y lagos”.

Toda su vida ha alzado su voz en defensa de la Tierra. Esta mujer afrocolombiana de cuarenta años, nacida en una choza sin piso en el remoto pueblo de La Toma, en Cauca, fue madre soltera y se vio obligada a trabajar como empleada doméstica para mantener a dos hijos y pagar sus estudios de Derecho. Francia Márquez conoció la valentía de los “nadie”, hombres y mujeres relegadas a los márgenes de un sistema que excluye a más del 40 por ciento de la población nacional. Su fuerza, tan invisible como indomable, hizo que en 2014 caminara 130 kilómetros hasta Bogotá para denunciar la contaminación que producen las minas legales e ilegales en su región. La marcha

convenció al gobierno para entablar un diálogo. Pero convirtió a Francia en un objetivo. Tuvo que abandonar su comunidad para escapar de las amenazas de muerte. Ocurre a menudo en Colombia, el país más mortífero para los ecologistas, con un promedio de un defensor de los Derechos humanos asesinado cada dos días. Y, pese a todo, pocos se dan por vencidos.

Francia Márquez no lo hizo, al contrario, combinó la militancia política con su compromiso con la Casa común. Hace unos meses fue elegida para la vicepresidencia del país, la primera mujer negra en la historia patria. El lema de su campaña fue, *Yo soy, porque nosotros somos*. Quiso subrayar que somos parte de un proceso de resistencia que une la historia de los nadie. En particular, las *nadie*, las mujeres pobres y de minorías de la inmensa Colombia rural, en primera línea de la batalla por “el vivir sabroso”, la versión nacional del “buen vivir”, un término latinoamericano que implica el reconocimiento de los derechos de los seres humanos, así como del territorio y las comunidades. Y que presupone esa paz frágil pero aún posible, que comenzó en



2016 con el acuerdo entre el gobierno y la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Uno de los puntos clave del texto es la reforma agraria para permitir el acceso a la tierra de los campesinos, una de las raíces del conflicto desde hace décadas. El problema sigue sin resolverse por la oposición de terratenientes, grandes empresas nacionales y multinacionales, además de grupos criminales que no quieren perder los cultivos de coca. Un cruce de intereses que alimenta la violencia. En 2021, hubo al menos 162 conflictos ambientales en el país. Además, más de la mitad de los 168 activistas asesinados ese mismo año eran pequeños agricultores y ambientalistas. Las mujeres constituían un tercio del total.

HONDURAS



Dar la vida por la defensa de los ríos

de LUCIA CAPUZZI

En nuestra cosmovisión, somos seres nacidos de la tierra, del agua y del maíz. Nosotros, el pueblo Lenca, somos los guardianes ancestrales de los ríos, protegidos también por los espíritus de las muchachas que nos enseñan que, dar la vida de múltiples formas por la defensa de los ríos, es dar la vida por el bien de la humanidad y de este plane-

BERTA CÁCERES

ta. El Copinh marchando junto a otros pueblos por su emancipación, ratifica el compromiso de seguir defendiendo el agua, los ríos, nuestros bienes comunes y la naturaleza, así como nuestros derechos como pueblos indígenas.

¡Despertemos! ¡Despertemos a la Humanidad! No tenemos más tiempo.

Nuestras conciencias tendrán que ser sacudidas por el hecho de que nos quedemos a contemplar la autodestrucción basada en la depredación capitalista, racista y patriarcal. El río Gualcarque nos llamó, así como todos los demás que están seriamente amenazados. Tenemos que apresurarnos. La Madre Tierra militarizada, sitiada, envenenada, en la que se violan derechos elementales, nos obliga a actuar.

Construyamos, pues, sociedades capaces de convivir de manera justa, digna y a favor de la vida. Unámonos y llenos de esperanza sigamos defendiendo y apoyando la

sangre de la tierra y sus espíritus. Dedico este premio a todas las rebeliones, a mi madre, al pueblo Lenca, al río Blanco, a los Copinh y a los mártires de la defensa de los bienes naturales”.

Éste es el discurso de **Berta Cáceres** en la entrega del Premio Goldman, el “Nobel verde” que recibió en 2015 por su lucha por el medio ambiente y los derechos de los indígenas. Con una valiente campaña de salvaguarda del ambiente, logró evitar la construcción de una presa en el río Gualcarque, considerado sagrado por los Lencas, su pueblo. Fue asesinada la noche del 2 al 3 de marzo de 2016. Derribaron la puerta de su casa en La Esperanza, Honduras, y la acribillaron a tiros con una ametralladora.

Dos días después habría cumplido 45 años. Tenía cuatro hijos y era una maestra muy querida. Había ayudado a fundar el Copinh, el Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras.

VICTORIA TAULI-CORPUZ

“No os privéis de la sabiduría indígena”

de FEDERICA RE DAVID

Los pueblos indígenas son los mejores guardianes de los bosques y la biodiversidad”. **Victoria Tauli-Corpuz**, *Vicky* para los miembros del Indigenous Peoples Rights International que fundó, a lo largo de su vida ha liderado la lucha por la defensa de los pueblos indígenas y sus territorios en todo el mundo. Y lo ha hecho fomentando las iniciativas colectivas de las comunidades indígenas y alentando a las mujeres a defender sus derechos y los de las comunidades a las que pertenecen. Porque las mujeres, dice, “son innovadoras y al tiempo conservan y transmiten tradiciones, también a través de la protección de las semillas. Ellas son las que luchan contra la deforestación y en defensa del suelo y del agua de la contaminación. Porque son ellas quienes, gracias a su posición fundamental en la producción de alimentos, luchan cada día contra las sequías, las inundaciones y los desastres naturales”.

Mujeres como ella, “activista indígena del pueblo Kankana-ey Igorot; consultora en desarrollo social, líder cívica, experta en Derechos humanos, funcionaria pública y defensora de los derechos de las mujeres”.

Pequeña y sonriente, siempre vestida con la ropa tradicional de su etnia de antiguos habitantes de las montañas de la Cordillera en el norte de Filipinas, Victoria Tauli-Corpuz nunca ha tenido miedo de enfrentarse al poder. Participó en la redacción de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas en 2007, fue presidenta del Foro Permanente de las Naciones Unidas para las Cuestiones Indígenas de 2005 a 2010 y presidenta del Fondo Voluntario para los Pueblos Indígenas. De 2014 a 2020 fue Relatora Especial de las Naciones Unidas para los Derechos de los pueblos indígenas. Fundó y dirigió varias ONG, incluida la Fundación Tebtebba. En 2018, su vida corrió peligro cuando el entonces presidente, **Rodrigo Duterte**, la incluyó en la lista negra de terroristas, acusándola de ser miembro del grupo New People's Army, el brazo armado del Partido Comunista de Filipinas.

“Es una represalia porque critiqué abiertamente al gobierno por las matanzas injus-

tificadas, la ley marcial, el desplazamiento de poblaciones indígenas y la ocupación de territorios por militares y paramilitares”, respondió entonces.

También se pronunciaron a su favor las más importantes instituciones internacionales, desde la ONU hasta la Unión Europea. Porque la de Vicky es una voz poderosa y con autoridad. Tanta autoridad que el Papa la quiso entre los doce invitados especiales del Sínodo para la Amazonía. “El Papa Francisco está dando un mensaje importante a la opinión pública mundial y es no os privéis de la sabiduría ancestral de los pueblos indígenas”, dijo en aquella ocasión. Además, a su juicio “la encíclica *Laudato si'* está muy en sintonía con los puntos de vista sobre el mundo, las formas de vivir y los valores culturales que los pueblos indígenas promueven y con los que conducen su vida: la ética

de cuidar la Tierra y de pensar en las generaciones futuras». Y esto “refuerza sus reivindicaciones”.

Otro agradecimiento al Papa es por “el reconocimiento de la importancia de los Derechos humanos”. “Los pueblos indígenas podrían hacer una mayor contribución a la solución de los problemas del cambio climático si se respetaran sus derechos: el derecho a seguir gestionando los bosques de forma sostenible; a sembrar los cultivos apropiados para sus ecosistemas; a acceder a una alimentación buena, limpia, justa y saludable, algo que forma parte de su identidad cultural. Ese texto valoriza sus críticas a la modernidad y a la imposición de soluciones tecnológicas a problemas cuyas soluciones son más políticas y sociales”, aseguraba. El reconocimiento de parte de algunas de las personas más influyentes del mundo no separó a Victoria Tauli-Corpuz de sus raíces: “Mi experiencia más importante es la de mujer indígena”.

Como joven activista en Filipinas, impulsó a los pueblos indígenas a organizarse para luchar contra los proyectos del presidente **Ferdinand Marcos**, ayudando a detener la presa hidroeléctrica del río Chico que habría inundado las tribus. Y participó de las luchas que, entre los años setenta y ochenta, bloquearon las operaciones de deforestación de la Cellophil Resources Corporation en tierras ancestrales de la etnia Tinguianans. Victoria Tauli-Corpuz es asesora indígena y de género de Third World Network, miembro del Comité Asesor de Organizaciones de la Sociedad Civil del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y miembro del World Future Council.

“Los pueblos indígenas y las comunidades locales suelen poseer más del 50 por ciento de las tierras del mundo, pero tienen derechos legalmente reconocidos sobre solo el 10 por ciento. Esto permite a los gobiernos declararlas ilegales en las tierras en las que han vivido y que han protegido durante generaciones. En la raíz de la crisis global está el racismo sistemático”, lamenta. Pero no todo es malo. Hay señales que invitan a la esperanza: “Afortunadamente ahora se habla de la cuestión de la criminalización de los pueblos indígenas”.





VANESSA NAKATE

“El grito de la Tierra y el de las mujeres es uno”

de LUCÍA CAPUZZI

Vanessa Nakate lo repite a menudo: no puede haber auténtica justicia climática sin igualdad de género, porque el grito de la tierra y el de las mujeres es uno. En los países más pobres del sur del mundo, estas representan dos tercios de la mano de obra agrícola, en África esta cuota se acerca al 80 por ciento. Son, por tanto, las primeras que sufren las consecuencias y los daños colaterales. Vanessa Nakate lo tiene claro y ahora investigaciones recientes sobre el impacto global de la crisis ucraniana lo confirman: existe una estrecha relación entre una reducción del suministro de alimentos, un aumento de los precios y un aumento

de los matrimonios infantiles. “Evidentemente los padres, al igual que las hijas, no quieren que suceda, pero cuando por el clima las cosechas van mal y el coste de la comida sube, la dote que obtiene la familia del novio es una de las pocas alternativas para sobrevivir”, asegura.

Las mujeres como solución al cambio climático

“Imagina que un entrenador de fútbol tiene que afrontar un partido decisivo, no sé... la final del Mundial. ¿Saldría al campo con la mitad del equipo? Evidentemente no. Entonces, ¿cómo podemos ganar el desafío crucial contra el calentamiento global confiando en solo la mitad de la

humanidad? La mirada de la mujer, su fuerza y su imaginación son determinantes para ganar. De lo contrario, todos seremos derrotados”. Vanessa Nakate, de 25 años, es la fundadora del movimiento climático Rise Up que tiene como objetivo crear conciencia sobre la voz de los activistas africanos y el Proyecto Vash Green Schools.

Recuerda ese viernes de enero de 2019 cuando se encontró en medio de una calle de Kampala con un cartel en la mano. Junto a ella estaban sus cuatro hermanos, -todos menores-, primos y amigos más cercanos, las únicas personas que en las semanas anteriores no se habían reído de su idea de hacer una huelga climática en Uganda siguiendo el ejemplo de **Greta Thunberg**. Sus compañeros de la Facultad de Ciencias Económicas lo consideraban “una tontería”. Los vecinos “una pérdida de tiempo”. Pero Vanessa no hizo caso a ninguno y siguió adelante. En sus ojos tenía la imagen de los suburbios de la capital transformados en barrios anfibios por las inundaciones cada vez más violentas. Estaba estudiando para su licenciatura en Marketing de la Escuela de Negocios de la Universidad de Makerere. Y como estudiante curiosa y vivaz, había rechazado las respuestas fatalistas y había decidido investigar más a fondo. Había descubierto así el alcance del cambio climático y sus efectos devastadores en África, el continente que, con el 4 por ciento de las emisiones globales, es el que menos ha contribuido a provocarlo. “Me quedó claro de inmediato que ese era el tema central del presente y del futuro”, subraya. La conciencia le había empujado a la acción.

Por un momento, en esa calle de Kampala, la joven, que entonces tenía 21 años, sintió vacilar su determinación. La hoja de papel en sus manos pesaba como una roca. Vanessa, sin embargo, no cedió. Respiró hondo y rápidamente alzó la pancarta mostrando la inscripción, “Amor verde, paz verde”. Los viernes por el futuro habían llegado a Uganda. Casi cuatro años después, Vanessa Nakate es la cara africana del movimiento. Fue una de las jóvenes activistas climáticas que fueron elegidas para hablar en la COP 25 de 2019 en España. Y junto a la sueca Greta Thunberg, peregrinó por las cumbres internacionales para pedir a los grandes de la tierra que detuvieran la carrera hacia la autodestrucción. En 2020, la BBC la incluyó en la lista de las 100 mujeres más influyentes del →

→ planeta mientras que Naciones Unidas la nombró “Joven líder de los Objetivos de Desarrollo Sostenible”. Al año siguiente, fue portada de la revista Time y apareció en la lista Time100Next.

La popularidad casi parece avergonzar a Vanessa, una chica tímida, tranquila y reflexiva. Incluso cuando usa términos fuertes, lo hace sin enfado. “La ira contamina el mensaje. Nadie escucha las invectivas. Y sería una pena desperdiciar la oportunidad de contar qué está pasando y qué podemos hacer para revertir la tendencia”. Con esta creencia, Vanessa Nakate dedica largas horas al estudio. “Soy autodidacta en el tema climático. Es grave que en las escuelas y universidades no se enseñe casi nada sobre esto”. Para crear conciencia, transformó su experiencia en un libro: *A Bigger Picture: My Fight to Bring a New African Voice to the Climate Crisis*. “Lo que siempre he querido es hacer resonar el grito de África en todo el mundo. Y el de sus mujeres”, dice.

Sobre ellas recae los efectos de las crisis económicas y sociales, sufren en carne propia el drama de la guerra, de la sequía o de la pobreza hídrica. De ellas puede venir el ímpetu para el cambio. “Las manos femeninas proveen comida y agua para la familia. Las mujeres, por tanto, son las primeras en notar su disminución debido al cambio climático. No es una cuestión teórica, es un drama cotidiano. El futuro de sus hijos está en juego. De nuestros hijos, de todos nosotros. Por eso las mujeres, junto con los jóvenes, son el motor del movimiento por el cuidado del planeta”, asegura Vanessa ahora también implicada en el Green schools project, un programa que pretende instalar paneles solares en 24.000 escuelas de Uganda.

Significa que habrá una buena iluminación, porque antes era insuficiente, y será ecológicamente sostenible. Las instituciones podrán liberarse de las lámparas de queroseno y de la dependencia de los combustibles fósiles, el carbón y la madera y el dióxido de carbono que emiten las estufas. Los expertos dicen que este tipo de acción es crucial en todo el continente africano, donde la demanda de electricidad se duplicará para 2030. Vanessa Nakate piensa que 24.000 escuelas parecen muchas, pero “todavía son pocas”. “Aunque es un primer paso en la dirección correcta. Lo importante es caminar. No podemos conformarnos con la extinción”, concluye.



De LAURA EDUATI

En la urgencia de la batalla por salvar su tierra de los efectos devastadores del cambio climático, la activista keniana **Wanjira Maathai** ha entendido que la mejor arma son los pasos concretos, aquello que se puede hacer aquí y ahora. Sobre todo, si la solución viene de personas que viven a diario las consecuencias de los trastornos ambientales. Un ejemplo son los diques de arena que bien conocen los agricultores en Kenia y que contienen las aguas de los ríos en las estaciones secas. O la cooperación internacional en la región sudamericana del Gran Chaco, que se extiende por Bolivia, Paraguay y Argentina, donde una red impulsada por asociaciones de mujeres, campesinos e instituciones locales ha conseguido crear un sistema de alarma ante las crecidas del río Pilcomayo, cada año más nefas-

tas, dando la posibilidad de contener los daños y ahorrar en reconstrucciones posteriores.

El pragmatismo es una de las muchas cualidades aprendidas de su madre, **Wanjira Maathai**, la primera mujer africana galardonada con el Premio Nobel de la Paz por su compromiso con el desarrollo sostenible en 2004. Fallecida en 2011, Wanjira dio ejemplo en la década de 1970 al fundar el Green Belt Movement que solo en Kenia propició la plantación de 50 millones de árboles. “Hago pequeñas cosas como plantar árboles”, asegura indicando así que se pueden lograr cosas importantes partiendo de pequeñas acciones. Esa frase se ha convertido en uno de sus eslóganes más famosos.

Wanjira era aún una niña cuando acompañó a su madre en las primeras acciones del movimiento; juntas cavaron

WANJARA Y WANJIRA MAATHAI

La herencia inacabada de la primera africana Nobel de la Paz

hoyos para plantar semillas que después produjeron flores. Su madre, Wanjara, le explicaba que no se trataba solo de la belleza del paisaje, sino que ese gesto también significaba devolver a las madres el poder de garantizar un futuro para sus hijos: “Son las mujeres las que físicamente plantan árboles precisamente para reivindicar la capacidad de gestionar el entorno natural y procurar de esa forma el alimento para su familia”, explica ahora Wanjira, para quien aún hoy son las mujeres las que llevan sobre sus hombros el cuidado amoroso de todo lo que rodea a los seres humanos.

Aunque un legado tan pesado es difícil de llevar, Wanjira Maathai supo encontrar su propia voz: “No vivo a la sombra de mi madre, me sumerjo en su luz”, dice. Es presidenta de la Fundación dedicada a Wanjara Maathai, y ahora se ha convertido en vicepresidenta regional del World Resources Institute, una organización con sede en Nairobi que colabora con gobiernos, empresas e instituciones para encontrar las mejores prácticas que puedan frenar el cambio climático que, sobre todo en las regiones africanas más pobres, está dando lugar a graves fenómenos como huracanes, inundaciones, sequías o hambrunas. Solo debido a la falta de agua, el número de subsaharianos desnutridos ha aumentado en un 50 por ciento en los últimos años; mientras que Mozambique y Zimbabue se encuentran entre los países del mundo más perjudicados por el calentamiento global,

donde siete de cada diez personas corren el riesgo de perderlo todo. Queda poco tiempo para actuar.

Una de las iniciativas de WRI es la reforestación y recuperación de 100 millones de hectáreas de tierra degradada y saqueada de 30 países africanos a través de la African Forest Landscape Restoration Initiative. Wanjira deja que los hechos hablen, pero no escatima críticas al *establishment* occidental. En eso también se parece a su madre, que en los años setenta no tuvo miedo de salir a la calle para pedir más democracia y no tuvo miedo de ser detenida. Hoy la lucha social y ambiental se ha trasladado al mundo digital. “Europa y Estados Unidos deberían dejar de reservar dinero para ayudar a los países afectados por el cambio climático y comenzar a proponer acciones”, escribió para Thomson Reuters. Las acciones son lo que la activista llama “soluciones locales” decididas y encabezadas por comunidades que conocen su territorio mejor que nadie.

La Clean Cooking Alliance, de la que Wanjira Maathai es animadora en el continente africano, promueve, por ejemplo, el uso de energías renovables en las cocinas de las familias más pobres, donde se quema queroseno, carbón y leña, liberando contaminación y gases tóxicos. Ya no son teorías. La revolución ya ha comenzado.

“Debemos aumentar la resiliencia climática”, insiste Wanjira Maathai, “y por ello debemos reconocer el valor de la experien-

cia de las personas que experimentan estos cambios, dar voz a sus prioridades, coordinar instituciones locales y benefactores internacionales y apoyar financieramente a estas mismas comunidades”. La necesidad de canalizar las inversiones occidentales para frenar el peligro del apocalipsis planetario ha acercado a Wanjira Maathai a las voces de jóvenes como la de **Vanessa Nakate**, **Greta Thunberg** y **Sheela Patel**, para quienes el planeta asiste a una nueva fractura entre el Norte y el Sur y países menos y más ricos. Lo llaman injusticia climática, a la que los gobiernos fuertes hacen oídos sordos.

En respuesta a un tuit del secretario general de la ONU, **António Guterres**, en el que aseguraba que la población mundial clama por un cambio de rumbo sobre el clima mientras los poderosos parecen ocupados en otra cosa, Maathai fue incendiaria: “El asalto al planeta avanza irremediabilmente. ¿Cómo acusaremos a los responsables de sus fechorías? Falta un sistema que castigue a los responsables”. Poner coto a este poder y frenar los delitos ambientales es, una vez más, la principal tarea de las mujeres, las primeras en sufrir la degradación ambiental y las primeras en comprender que la tierra no es solo una madre, sino también una hija a la que cuidar. “No es una cuestión ética”, explica Wanjira Maathai: “No queremos implicar a las mujeres solo porque es lo correcto. Tenemos datos y evidencias que apuntan claramente a que, si las mujeres son las que toman las decisiones, esto tendrá un efecto positivo en la salvaguardia del planeta”.

Tal y como crecen los hijos al abrigo de sus madres, la Fundación que promueve la enseñanza de Wanjara Maathai está repleta de iniciativas para que las nuevas generaciones tomen conciencia como las visitas a los bosques. Allí pueden aprender a sentir la bondad del vínculo con la naturaleza primero con los sentidos que con el intelecto. Otros de estos jóvenes se sientan en la junta directiva, hablan en conferencias y pronto aprenden a conjugar su experiencia ambiental con el compromiso político, sin rendir cuentas a nadie. Porque el tiempo que nos queda es muy poco



Finanzas con corazón de monja

de LAURA EDUCATI

Convenció a la General Electric para que limpiara el río Hudson de EE. UU. invirtiendo miles de millones de dólares de su propio bolsillo para eliminar toneladas de desechos contaminantes descargados por la empresa. Consiguió llevar a la petrolera Exxon hacia nuevas formas de sostenibilidad medioambiental y con una cartera de 2.000 millones de dólares ha hecho temblar a Apple. **Patricia Daly** se sienta codo con codo en los consejos de administración de distintas empresas con una facturación impresionante y un papel a menudo silencioso pero efectivo al usar su propio paquete de acciones para dirigir las políticas corporativas hacia la lucha contra el cambio climático y la protección del medio ambiente.

Las acciones no son suyas, pertenecen a inversores católicos que quieren usar su fuerza económica a favor de los derechos humanos y el medio ambiente. Forman parte de la asociación estadounidense Investor Advocates for Social Justice, que hasta 2019 se llamaba Tri-State Coalition for Responsible Investments nacida en la época del *apartheid* africano para impulsar al gobierno de la época a prohibir

PATRICIA DALY



la discriminación contra los negros. Fue directora ejecutiva de la Tri-cri con resultados espectaculares. Ella dice que maneja las finanzas con el corazón de una monja dominica, su congregación. Confiesa que su principal logro ha sido poder incluir

los Objetivos de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas entre los productos de inversión que ofrecen los muy poderosos *holdings* financieros, que normalmente no están pendientes de la ética.

“Nos llevó meses encontrar una empresa que trabajara con nosotros. Morgan Stanley es la primera institución financiera en desarrollar productos de inversión con una organización religiosa. Se trata de 180 millones de dólares, una cantidad que no es enorme, pero es un modelo para Wall Street y para las empresas de todo el mundo”, asegura. Como exponente del Interfaith Center on Corporate Responsibility, la hermana Daly también profesa su enorme estima hacia las mujeres dentro de la Iglesia, tanto como para cambiar el lenguaje bíblico y evangélico: “Trato de no usar palabras demasiado masculinas”, explicó en una conferencia titulada 'Mujeres de fe en las finanzas' que se celebró en Nueva York el pasado mes de octubre. Porque la fuerza y el espíritu femeninos son depositarios del cuidado del medio ambiente y de la Creación y han demostrado ser la llave justa para empezar a cambiar uno de los sectores más tercamente depredadores, las finanzas mundiales.

“Mapeo los bienes de la Iglesia para cuidar la casa común”

ignaciana. Antes de la encíclica *Laudato si'*, había llegado a entender que cuidar la Casa común no es cuestión de moda, sino de fe. Porque fue **Yahvé** quien encomendó a **Adán** y **Eva** la misión de custodiar el Jardín para que la vida pudiera existir y desarrollarse en plenitud y dignidad. Molly, pensó en convertirse en una “monja campesina” o “monja guardabosques”. Al final, encontró su vocación en la cartografía, disciplina que usó como herramienta. Fundó la asociación GoodLands que mapea profesionalmente las propiedades de la Iglesia para que esta pueda gestionarlas de manera más eficiente y sostenible. Poner en orden los bienes eclesiásticos y terrenos es un desafío considerable. No se sabe con precisión la superficie real porque muchas veces las parroquias, las diócesis y las congregaciones no le dan importancia o no se ocupan de ello y desconocen los límites exactos.

Molly empezó a censarlos con un método empírico: preguntando a las iglesias de su zona. El punto de inflexión llegó cuando, durante un máster en paisajismo, conoció el software *ArcMap* de la empresa g.i.s. Desde entonces, la actividad de GoodLands se ha vuelto frenética. En 2016, Molly pasó por el Vaticano y explicó el proyecto a algunos funcionarios. Dos años más tarde, logró presentárselo al Papa **Francisco**, quien le propuso crear un instituto de cartografía de la Santa Sede. Con la pandemia, la idea se paralizó. Sabe que tarde o temprano el Instituto se hará. Mientras, continúa “fotografiando” las propiedades de la Iglesia y brinda apoyo para administrarlas a partir de una ecología integral. Trabaja en New Heaven, donde ha mapeado la jurisdicción eclesiástica. “Si hacemos bien este trabajo, no solo podremos luchar contra el calentamiento global, sino que podremos revolucionar nuestro trabajo con la Creación”.

MOLLY BURHANS

de LUCIA CAPUZZI

La niña que soñaba con ser bailarina afirma que “la Iglesia es el principal proveedor no estatal de servicios de salud, ayuda humanitaria y educación. Su papel puede ser crucial para la defensa de la Casa común, teniendo éxito donde hasta ahora los gobiernos han fracasado. Empezando desde dentro”.

Molly Burhans, nacida en Nueva York hace 33 años, descubrió el amor a Dios y a la Creación al final de un proceso agotador, madurado gracias al estudio de la figura de **Dorothy Day** y la espiritualidad

VANDANA SHIVA

Las guardianas de las semillas que producen los agricultores

De FEDERICA RE DAVID

En 1995 **Vandana Shiva** decidió fundar la *Bija Vidyapeeth* (Escuela de la semilla), que se ha convertido en la Universidad de la Tierra. La primera piedra se puso en un antiguo huerto de eucaliptos en Doon Valley, Uttarakhand, al norte de India conocido por albergar el Himalaya, por las peregrinaciones hindúes y por el Ashram que acogió a los Beatles en 1968. Ninguno creía que la joven activista india, que luchó contra las corporaciones multinacionales y la explotación intensiva de la tierra, podría transformar esa tierra en una próspera granja orgánica de 47 acres, un banco comunitario de semillas y un centro de investigación sobre la biodiversidad. La voz de Vandana Shiva fue escuchada por el Papa **Francisco** cuando preparaba *Laudato si'*, la encíclica de 2015 “sobre el cuidado de la Casa Común”.

Su trabajo en los bancos de semillas se basa en la creencia de que las mujeres salvarán el mundo. “Porque ya lo están haciendo. Somos las guardianas de las semillas, ningún poder en la Tierra puede impedirnos trabajar en la tierra y para la Tierra. Nos comprometemos a crear un nuevo sistema basado en el cuidado y el compartir, tal como lo indica la encíclica”. Son las mujeres quienes tienen una

relación más estrecha con la naturaleza y quienes la protegen a través de la agricultura regenerativa, la agroecología, cuyos principios giran en torno a las relaciones beneficiosas entre plantas, animales, microorganismos y campesinos que interactúan entre sí y con el entorno.

La granja a la sombra del Himalaya es el corazón del proyecto Navdanya, lanzado por Vandana Shiva en 1987 sobre la base de una antigua tradición india: la creación de bancos de semillas, ahora OGM Free, que conectan a varias comunidades agrícolas rurales. “*Navdanya* (Nueve semillas) es una organización que se apoya en las mujeres para defender la soberanía alimentaria, la soberanía de las semillas y a los pequeños agricultores”, dicen las mujeres de Doon Valley. Hoy es una red de propietarios y productores de semillas orgánicas presente en 22 estados de la India que ha ayudado a crear 122 bancos de semillas y a formar a más de 900.000 agricultores en agricultura sostenible. Todo ello propició el nacimiento de un mercado de comercio justo. Navdanya promueve una cultura de alimentos para la salud basada en la responsabilidad ecológica y la equidad económica defendiendo a los campesinos indios rehenes del algodón transgénico. “En las aldeas donde trabajamos para salvar las semillas locales y ayudar a los agricultores a volver

a la agricultura orgánica, se ha registrado un descenso del 60 por ciento en el uso de semillas OGM”, explica Vandana Shiva.

El banco de semillas agrícolas de Navdanya ha salvado 4.000 variedades de arroz autóctono, 2.200 variedades de mijo, pseudocereales, legumbres, semillas oleaginosas y hortalizas, 205 variedades de trigo y 151 especies de árboles. Con el aumento de los desastres naturales en India debido al cambio climático, Navdanya ha comenzado a conservar variedades de semillas resistentes al clima a través de un programa llamado *Seeds of Hope*. Desde 1998, los agricultores que han sufrido inundaciones o sequías han salido adelante plantando semillas resistentes a la sal y a los excesos o falta de agua. “Otro elemento clave, son los *Gardens of Hope*, Jardines de Esperanza, que garantizan un suministro continuo de alimentos y plantas locales para las familias. Su crecimiento ha permitido a las mujeres alimentar y mantener a sus familias y comunidades locales incluso durante la pandemia”. El año pasado, 1.735 nuevas mujeres se incorporaron al programa y se crearon más de 4.000 huertas en la India.

Los desastres causados por el cambio climático han afectado a los programas y actividades de Navdanya. En mayo de 2021, el ciclón Yaas provocó inundaciones devastadoras en el Golfo de Bengala, donde la asociación ha estado trabajando con agricultores en las zonas costeras. Los 56 bancos comunitarios de semillas de Navdanya en estos dos estados han salvado más de 4.500 variedades de arroz, hortalizas y otros cultivos. Los campesinos que cultivaron semillas resistentes al clima de los bancos de semillas de Navdanya sufrieron menos pérdidas de cosechas que los agricultores que cultivaron variedades comerciales basadas en OGM.

El 90 por ciento de los jardines del programa *Gardens of Hope* también han resultado dañados o destruidos por fenómenos meteorológicos y se han perdido cosechas. Las agricultoras del programa usaron semillas de vegetales y plantas medicinales resistentes al clima y dieron origen a una nueva hornada de huertos resistentes. En un encuentro con la Unión Budista Italiana, Shiva reiteró su compromiso en la batalla contra la explotación del suelo, la eliminación de la biodiversidad, el predominio de los cultivos transgénicos. “Se necesitó mucha violencia para silenciar la conciencia del vivir. La comida nos conecta a todos y por eso debemos dejar de considerar a los agricultores como meros productores. La agricultura es cuidar la tierra y los agricultores son sus guardianes”.





El primer monasterio ecosostenible

DE VITTORIA PRISCIANDARO

Mirándolas hoy, a la sombra de la bandera de la paz ondeando frente a la iglesia de madera de abeto, la imagen de las clarisas de Lecce es casi un icono. Son la imagen de una elección de vida sostenible en un momento en que la necesidad de proteger el medio ambiente parece quedar suspendida frente a un ambiente agresivo cebado por guerras y violencia. Son la imagen de una vocación religiosa que se ha dejado interpelar por las preguntas que la vida ha ido planteando; de una habilidad muy femenina que es la de lanzarse por los caminos imaginativos de la Providencia.

Hablamos del primer monasterio de Italia totalmente respetuoso con el medio ambiente que se encuentra en las afueras de Lecce, a tres kilómetros del centro histórico. Es todo blanco y alberga las celdas de las religiosas, una pequeña casa para huéspedes, un taller, un salón y dos refectorios que se asoman a la iglesia, recordando la arquitectura de casas de la zona, en un terreno de nueve hectáreas, entre árboles jóvenes y caminos de piedras blancas y plantas de lavanda. Aquí viven cuatro religiosas, **Celeste, Marilù, Ilenia y Romina**, todas con más o menos cincuenta años. Son vocaciones nacidas en la Iglesia de Apulia, en el seno de Acción Católica. Hace veinte años nunca hubieran imaginado encontrarse aquí, en este lugar donde el claustro es una puerta abierta a

la Creación que además acoge a los peregrinos que llegan en busca de un espacio de silencio y oración.

La historia de las Hermanas de Santa Clara en este lugar está marcada por la instalación una planta de distribución de metano. “Nuestro monasterio nació en el siglo XVII, en Soletto. Desde entonces siempre hemos tenido vocaciones. Hasta hace veinte años, muchas chicas han pedido entrar, incluidas algunas albanesas”. A finales del año 2000, “se instaló la planta para la metanización en el perímetro del monasterio. Y en poco tiempo aparecieron muchas grietas en las paredes”.

Las monjas que llevaban 60 años allí, algunas hasta de 90 años, se vieron obligadas a hacer las maletas a toda prisa y buscar “un alojamiento temporal en unos días”, explica Celeste, la responsable de la comunidad. La frase no se elige al azar. De hecho, es una de las expresiones más famosas de Don **Tonino Bello**, obispo santo de Apulia, que sonríe en una fotografía de las paredes del monasterio y a quien Celeste tuvo como párroco cuando era niña en Tricase.

En la luminosa sala, donde el calor exterior se mantiene a raya gracias a las paredes de madera, la historia sigue con un zumo de fresa y limón en la mano, producto de la pequeña huerta. “Después del abandono precipitado del monasterio, fuimos acogidas en una casa de retiro en la diócesis de Otranto. Luego los frailes franciscanos nos

Cuatro clarisas dan vida a la encíclica Laudato si'



ofrecieron un antiguo convento deshabitado, en San Simone, diócesis de Nardò-Gallipoli. Pero añorábamos la diócesis de origen, donde nuestra comunidad era la única presencia monástica”. El vínculo con la ciudad es fuerte porque los mártires de Otranto, canonizados en 2013, subieron a los altares gracias a la curación milagrosa de una de sus hermanas, gravemente enferma, y por quien rezó la comunidad en 1980 durante una peregrinación de la urna de los Mártires. Ellos le concedieron la gracia de la sanación.

Así en 2008, después de seis años, regresaron a su diócesis de origen en Otranto, a un convento de los Frailes Mínimos. “Desde hace un tiempo, habíamos pensado en establecer pequeñas comunidades en otros



sitios. En 2003 nació una primera en Shkoder, con cuatro hermanas albanesas y tres italianas. Estábamos buscando casa para otra fundación en Apulia. No habíamos considerado Lecce, pero al final, la ciudad nos ofreció todas las condiciones para la realización de este proyecto”. En 2010, el obispo **Domenico Umberto D'Ambrosio** puso a disposición de las Hermanas Clarisas una parte de un edificio del siglo XVI en el centro histórico de la ciudad. “Fue un préstamo gratuito en el local donde antes estaba la Cáritas diocesana. Todo un desafío”. Sin espacios verdes, entre los esplendores del barroco y las idas y venidas de los turistas, las monjas que se trasladan allí se plantean cómo será su vida de oración y silencio en el corazón de la vida nocturna de Lecce. En una zona donde conviven, como en otros centros históricos, “las casas de gente muy adinerada y las casuchas de gente muy pobre de todas las procedencias”.

El edificio donde vive la pequeña comunidad se encuentra detrás de la catedral, en la misma calle donde hay viviendas municipales para familias desfavorecidas. “Nada más llegar nos convertimos en referente. Muchos pensaron que se había reactivado el servicio de Cáritas en ese edificio. Así, empezamos a entablar relaciones con los vecinos de la zona”. Una de las salas de la comunidad se habitó como centro de acogida y otra se utilizó como capilla. “Seguramente, vivir nuestra jornada monástica mientras en los edificios de enfrente las familias colgaban la ropa, discutían o comían, nos ayudó a encarnar la oración”. Eran las situaciones cotidianas que las monjas encomendaban en su oración. También otras terribles como es caso de dos jóvenes suicidas, la desgracia de las personas alcohólicas o el drama de los jóvenes con problemas de drogas. O

a los inmigrantes a los que abrieron sus puertas y les ayudaron a regresar a su casa, en la otra orilla del Mediterráneo, gracias a su mediación con las instituciones.

En medio de esa cotidianidad, la comunidad vivió dos hechos sorprendentes. “Dos personas llamaron a nuestra puerta una noche. Se presentaron como pareja, eran una mujer polaca y un italiano con discapacidad. Nos dijeron que formaban parte de una familia noble y que les habían robado las maletas y todas sus pertenencias. Querían que los alojásemos”. Las monjas aceptaron sin hacer más preguntas. Les comentaron que su sueño era vivir en un convento en otro lugar, en contacto con la naturaleza. Al cabo de una semana, la pareja se marchó muy agradecida del convento no sin antes dejar a las hermanas un cuantioso cheque, un presunto regalo de la madre del hombre. En cualquier caso, las religiosas no se hicieron ilusiones y estaban en lo cierto. El cheque no tenía fondos. Sin embargo, tan solo dos días después, un amigo banquero jubilado les dio una noticia increíble: “Nos dijo que dos hermanas ricas de Lecce querían hacer una donación en forma de terrenos y dinero. La cuantía del primer cheque de las benefactoras, **Dolores y Teresa Magliola**, se correspondía con la suma del falso dejado por la extraña pareja. El terreno estaba en las afueras de la ciudad, en una zona rural, en la carretera del Adriático que conduce a Torre Chianca. Las monjas pensaron enseguida “en un proyecto en sintonía con lo que el Señor nos pedía y, de acuerdo con la sencillez de las casas de madera en Albania, sentimos la necesidad de tener un hogar que cuidara de la Casa Común”.

Para construir su nuevo convento, acudieron a un estudio arquitectónico de Verona recomendado por un fraile mi-

sionero franciscano de Albania, donde las Clarisas habían vivido un tiempo en unos edificios prefabricados de madera, en el pueblo de Shkoder. “Era el lugar más franciscano donde habíamos estado”. De esa experiencia nació la idea del actual monasterio. “Queríamos traducir nuestra forma de vida, -oración, trabajo, fraternidad, hospitalidad-, en una estructura que pudiera decir algo a la gente de hoy. En sintonía con lo que dice el Papa Francisco en *Laudato si'*”. Leña, energía fotovoltaica, sin instalación de gas y muy poca calefacción, tampoco aire acondicionado. Los antaño terrenos baldíos albergan ahora algarrobos, encinas, cipreses, chopos, pinos, acacias, tilos y arbustos de matorral mediterráneo, algunos de ellos dedicados a los difuntos o a los recién nacidos gracias a la campaña “Regálate un árbol”.

También hay una huerta de granados, membrillos y otros frutos. Es pequeña, dicen las hermanas, “porque queremos evitar la mentalidad de explotar los árboles, que se centra en su aspecto productivo y rentable, más que en la gratuidad de belleza y salud que nos regalan”. Y mientras esperan el crecimiento de sus árboles, llega fruta donada por los lugareños para hacer mermeladas que luego venden, así como licores. Los grandes espacios al aire libre son perfectos para las vigiliadas de las tardes de agosto dedicadas a Santa Clara, para la oración por la paz o para las reuniones de grupo. O simplemente para tomar un poco de aire fresco y luego sumergirse en la oración personal. “Es un lugar que regala el oxígeno de la Palabra y de la Creación”, explica Celeste. Sí, porque el claustro de hoy ha sustituido las rejas por árboles y arbustos de lavanda. Un espacio verde en nombre de la convivencia entre la persona y el entorno, en un intento de restaurar la armonía de la Creación.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento